

7077.
EL CONSEJO DE REGENCIA

A LA NACION ESPAÑOLA

EN EL ANIVERSARIO

DEL DOS DE MAYO.



CADIZ EN LA IMPRENTA REAL: 1811.

EL CONSEJO DE REGENCIA

A LA NACION ESPAÑOLA

EL DOCE DE MAYO

EL DOCE DE MAYO



↓

IMPRESA EN LA IMPRENTA REAL DE BILBAO

Luce por la tercera vez, españoles, el memorable día en que desde el fango de la servidumbre y desaliento se elevó la nación á la magestad de la independencia. ¡Que de recuerdos grandes y lastimeros envuelve su memoria! ¡Que perspectiva de trabajos heroicos y de recompensas sublimes puso á nuestros ojos! ¡DOS DE MAYO! El que al pronunciar estas palabras no sienta en su pecho todos los impulsos del valor y toda la consagración del patriotismo; el que no se encuentre animado á imitar las heroicas víctimas de aquel día, y no aspire con ansia á hacer florecer las esperanzas que entonces se sembraron, ese no se diga español, ni se llame patriota, ni ose alzar la frente delante de los que amen la gloria y la virtud.

Quando Napoleon fulminaba desde Bayona sus decretos de sangre; quando impaciente y frenético acusaba á Murat de remiso porque no precipitaba los medios del terror; no veía que estos consejos atroces, volviéndose contra la misma iniquidad que los sugería, serian mortales á sus alevosos executores. El DOS DE MAYO amancece: los franceses le señalan para completar en él sus tramas homicidas, y el pueblo de Madrid incapaz ya de sufrir mas ultrajes, se arroja á vengarlos ó á morir. Desnudo, mal armado, sin plan, sin caudillos, no dudó un momento en arrostrar aquellas falanges veteranas, espantosas por sus armas, formidables por sus victorias, incontrastables por su union. Mueren los patriotas noblemente peleando: mueren despues alevosamente al abrigo de la concordia que cobarde los desarma, y perjura los asesina. Viva está aun, españoles, en la imaginación de los que lo oyeron la barbarie con que los caribes del Sena disparaban sobre una muchedumbre inerme y amarrada: óyense todavía los gemidos moribundos que sucedian al horrendo estrépito de los tiros, y los insultos sacrílegos que hacian á los cadáveres que profanamente sepultaban. El silencio y las

sombras de la noche cubrian aquellos horrores, y la obscuridad y el silencio eran para ellos presagio del luto y consternacion, en que entorpecida la nacion entera, iba á abandonarse al desaliento, y con él á la esclavitud. Mas la sangre que habian vertido no se quedó estancada en el prado de la capital: dilatose á raudales por el suelo de la península, y corrió á vivificarla toda en entusiasmo y en virtudes. Entre tanto los postrimeros ayes de las víctimas fueron llevados al firmamento y se escribieron en él: allí se leyeron desde todos los ámbitos del imperio, y á un mismo tiempo, á una voz, se dió la señal á esta guerra rencorosa, sanguinaria, desoladora; igual en todo á la exêcrable agresion que la dió el ser.

Decíase entonces por nuestros alevosos enemigos y sus indignos fautores. “¡Qual empeño es el vuestro, temerarios! Ni teneis armas, ni repuestos, ni soldados: falta á vuestros generales y oficiales la experiencia y el saber: vuestra pobreza es mucha, vuestra ignorancia mayor: quantas batallas deis contra tropas las mas aguerridas del mundo, tantas perdereis con desventaja y con mengua: la guerra lo arruinará todo, lo desorganizará todo; y vuestros impotentes esfuerzos en vez de salvar esa sombra de patria que adorais, van á sumergirla en la desolacion y en la miseria, y á cargarla de cadenas mas duras que las que mal aconsejados estais rehuyendo ahora.”

No hay empero paz con los tiranos, ni sosiego y felicidad en el régimen de la servidumbre. Vosotros, españoles, repelisteis con horror unas sugeriones tan viles, y os consagrasteis á la adversidad, seguros de sacudir la ignominia con la resistencia, y de hallar al fin de la contienda, aunque á costa de trabajos inmensos y de fatigas sin número, la independenciam y felicidad á que desde luego aspirasteis. Es cierto que la estúpida tiranía á que estuvisteis sujetos os dexó sin diques contra esta inundacion. Vino furioso el océano y cubrió con sus ondas el indefenso pais. Pero él tendrá que abandonarle algun dia, y la plaga, funesta ahora, al modo con que fertilizan la tierra las cenizas de los volcanes y los incendios de las selvas, depositará en la nuestra todos los gérmenes de la prosperidad y la abundancia. Españoles, seamos hombres, y al ter-

minarse este azote cruel nos hallaremos con la energía de la libertad, y con el tesoro de sus instituciones sublimes.

¡Qué de combates, quantas vicisitudes, qué contrariedad de sucesos han pasado por vosotros en estos tres años terribles! Vencedores primero, despues vencidos: formidables otra vez por el aparato de fuerzas que opusísteis á vuestros enemigos; favorecidos de la guerra de Austria que se declaró contra el tirano, privados muy luego de este poderoso auxilio; vueltos á abatir de nuevo por el rigor de la suerte, y reducidos á la extremidad; amenazados de la disolucion del imperio en la divergencia de algunas provincias lejanas, donde el espíritu de division con escándalo del mundo ha hallado acogida ahora; y siempre firmes, siempre magnánimos, arrojando la mala fortuna sin dexaros vencer de ella, volviéndoos á componer y levantar entre vuestras ruinas mismas, y y desalentando á los enemigos con vuestros interminables esfuerzos.

Si de este espectáculo incierto y borrascoso la Europa imparcial y la posteridad vuelven los ojos á vuestra marcha politica y civil; ¡ con quanto exceso no os ven rescatar la desventaja que hasta ahora habeis tenido en los sucesos militares! ¿ Que érais ántes del DOS DE MAYO? Dolor da recordarlo, y vergüenza proferirlo: esclavos encorbados baxo el yugo de la tiranía, obedientes como un rebaño vil al imperio de la arbitrariedad y del capricho. ¿ Qué soys ahora? Dígalo ese instinto de libertad que os ha animado desde el principio, y que nunca se ha desmentido en todo el discurso de este gran movimiento. A la voz solemne de vuestros representantes, reunidos en Córtes, revivieron los derechos imprescriptibles del pueblo que el despotismo tenia usurpados: desapareció el régimen arbitrario al desaparecer la confusion que habia en la accion de los tres poderes: el equilibrio político se restableció: la libertad del pensamiento se afianzó en la de la Imprenta: la administracion económica de las provincias se arregló á los nuevos principios de orden que han de regir en adelante á España: la execucion de la justicia se está ahora mismo sentando en las bases eternas de la equidad natural; y la constitucion que se os prepara va á ser la clave de esta gran bóveda, donde se afirme el solio de la reorganizada monarquía.

Así el español de ahora , dependiente solo de la ley (y esta ley no es mas que una convencion ajustada por él mismo ó sus representantes) inviolable en el justo ejercicio y goce de su pensamiento, de su persona y de sus haberes ; no contribuyendo sino con los sacrificios que el Congreso nacional le imponga ; interviniendo por sí, ó por personas de confianza en la recaudacion y aplicacion de estos sacrificios ; teniendo abiertos á su actividad y á su industria todos los caminos del saber , de la gloria y de la fortuna ; marcha noblemente sobre la haz de la tierra , en nada inferior á los potentados de ella por su dignidad social. ¿ Quiere por ventura hallar su semejante ? En vano le buscará en el continente , donde la vara férrea de la opresion tiene degradados los hombres , y todos son menos que él. Si los ha de hallar en Europa , es preciso que los busque en esa isla , aliada generosa , y heroica compañera suya en esta gran contienda : en esa isla , santuario feliz de libertad , donde las leyes tienen su emporio , y un modelo eterno la civilizacion humana.

Tal es , tal debe ser de hoy mas el español por la ley. ¡ O vosotros que viviendo baxo su benigna influencia , dais en vuestros pechos tanta cabida á la murmuracion y á la queja , quando hay desgracias que reparar y privaciones que sufrir ! Trasladaos con el pensamiento á las provincias opresas por el enemigo , y comparad vuestra situacion con la de los tristes que allí gimen. Vedlos tiranizados por los gefes , insultados por los subalternos , expilados por los publicanos : contempladlos rodeados de espías , destrozados de sospechas , asaltados de delaciones , sin seguridad , sin confianza , sin consideracion civil , ni política ninguna. ¡ Oh como entonces conoceréis , que cuestan menos sacrificios la defensa de la patria y la conservacion de las buenas leyes que la rapacidad de los tiranos !

Pero estos sacrificios , fuerza es decirlo , españoles , tienen que ser enormes todavía. La completa organizacion de la fuerza pública que ha de defenderos del enemigo , debe aun por mucho tiempo poner á prueba los quilates de vuestro sufrimiento y vuestra constancia. Y en la posicion á que el honor y la suerte os han traído , no podeis exígir sino que toda contribucion , ya de sangre , ya de

dinero , que tengais que aprontar , sean la necesidad y la justicia quien la determine , la equidad quien la reparta y recaude , el discernimiento y la buena fe quien la aplique y distribuya.

Mas todo esto está así provisto en el reglamento de provincias que las Córtes han decretado ; y ya , pueblos de España , interviniendo , como lo haceis , en la institucion de las cargas publicas por vuestros representantes en Córtes ; en su recaudacion y repartimiento por las juntas provinciales , que tambien elegís vosotros ; en su inversion en fin y aplicacion , por la facultad de zelar , de representar , y aun de intervenir , que en esta parte se les atribuye ; no teneis que recelar la arbitrariedad del Gobierno , ó las concusiones y mala versacion de los dependientes ; ni queda tampoco disculpa alguna á las cabilaciones del descontento , ni á los cálculos helados del egoismo.

Quantos dones proporciona al hombre el órden social , tantos tiene ya á su vista , y como en la mano , el ciudadano español. Un estorbo solo encuentra ahora para disfrutarlos en toda su extension , y este estorbo es la guerra. Guerra justa , necesaria , inevitable : ¿ La han declarado acaso el orgullo ó los intereses particulares de un déspota , el capricho ó error de un favorito , el acaloramiento y declamaciones de un demágo go ambicioso ? No : todos los españoles la votaron de un modo el mas unánime y solemne : todos corrieron á vengar el ultraje mayor que se ha hecho á nacion alguna , y á defender el primero de los bienes de un gran pueblo , que es la independendia. Quantas autoridades se han establecido desde entonces , quantos sistemas de gobierno se han sucedido , ¿ no han sido todos para mantener la lucha ? ¿ Ha sido alguno para hacer la paz ?

Guerra quisisteis , españoles , y la guerra mientras dura es una série continua y penosa de peligros , de temores , de fatigas y privaciones : el que se resienta de ellas , que se acuerde del dos DE MAYO. ¿ Quien será el primero , decíamos entonces , que se atreva á romper los lazos del sufrimiento , y repela del nombre español la afrenta con que los franceses le quieren mancillar ? Los patriotas de Madrid lo hicieron arrostrando impertérritos la inevitable muerte que los aguardaba. Mas si los individuos sucumben

al rigor de la adversidad , las naciones fuertes no perecen , y la nuestra sabrá seguir en adelante aquel magnífico exemplo , como le ha seguido hasta aquí sin desmentirse una vez. Sí , españoles: puesto que el DOS DE MAYO ha vuelto á amanecer á nuestros ojos , y nos encuentra lidiando con igual teson que al principio ; repitámos feramente en él á los esclavos de Bonaparte , que se engañó torpemente el tirano en los cálculos que hizo en Bayona. Los inocentes sacrificados en Madrid no pudieron sumergirnos en la estu- pidez del terror. Por ellos empezó una guerra que quizá durará siglos. Millares de millares de guerreros serán inmolados á nues- tra venganza. ¿ Que importa que la disciplina y la pericia militar les den victorias ? Su suerte no por eso será mejor en este infausto pais. Vencedores , vencidos , hoy en corto , mañana en gran número , quantos pasaren el Pirineo irán tarde ó temprano á acompañar las trescientas mil víctimas que ya hemos dado en holocausto al DOS DE MAYO ; y España , semejante al pozo de la eternidad , recibirá los franceses en su seno , y no los dexará escapar de él.

Cádiz 2 de Mayo de 1811.

Manuel José Quintana,

Secretario.

Pedro de Agar,

Presidente.